

Edad Media, sin audacias reformistas, aunque la reina ya era seguidora más o menos oculta del protestantismo; la segunda, en cambio, tiene claros acentos luteranos en temas doctrinales, de culto y organización eclesiástica, cuya publicación Enrique VIII no hubiera permitido. Además de los intereses de contenido, la edición de Guy Bedouelle ofrece también un material valioso para la investigación lingüística del inglés y francés de la época humanista.

E. Reinhardt

Vicente PONS ALÒS, *Cardenales y preladados de Xàtiva en la época de los Borja*, Centro de Estudios Borgianos, Xàtiva 2005, 121 pp.

Vicente Pons Alòs –profesor de Ciencias y Técnicas Historiográficas y excelente conocedor del Archivo de la colegiata de Xàtiva– nos ofrece en este pequeño libro un cuadro de cardenales y preladados setabenes del siglo XV, la mayor parte de ellos promovidos por los papas valencianos Calixto III (1455-1458) y Alejandro VI (1493-1503). Ambos pontificados fueron tan fecundos en la integración de eclesiásticos castellanos y aragoneses en la curia romana, que Pietro Bembo llegó a exclamar que Valencia había ocupado la colina del Vaticano. No fueron años fáciles para la Iglesia que se sacudía los cascotes del Cisma y trataba de recomponer sus Estados para garantizar una *libertas ecclesiae* que le pusiera a resguardo de la familias baronales del Lacio y la inquietante ingerencia de las Monarquías modernas. El Pontificado abordó entonces una política de restauración territorial del *Patrimonium Petri* y una política de embellecimiento que cubriría la ciudad de Roma con el espléndido manto del Renacimiento. Quedaba sin embargo una tercera vía: la reforma moral. Tal vez la más importante, vislumbrada y anhelada por aquella Europa ambiciosa y al mismo tiempo necesitada de una regeneración espiritual que le permitiera afrontar los grandes desafíos culturales, políticos y transoceánicas del momento.

De los treinta y seis cardenales españoles promovidos entre 1453 y 1503, catorce fueron valencianos y debían su ascenso al patronazgo ejercido por los dos papas Borja. Como buen conocedor de la metodología prosopográfica, el autor despliega con precisión la red clientelar que tejió Calixto III, y más adelante su sobrino Alejandro VI, para asegurarse un equipo de servidores fieles. No se trata de una labor sencilla si tenemos en cuenta la escasa y dispersa bibliografía, en la que destacan las aportaciones de José Sanchis Sivera, Miguel Batllori o las menos conocidas de José Goñi Gaztambide. El autor ha añadido a este material interesantes precisiones genealógicas, un conocimiento exacto de la carrera beneficiosa y una visión más global de este grupo de eclesiásticos cuyas vidas transcurrieron entre Italia y la Península Ibérica. La mayor parte de ellos procedían de la baja nobleza y la aristocracia urbana, compartían vínculos de sangre con los pontífices, y adquirieron una formación jurídica en las universidades de Bolonia y Pisa. Después ocuparon cargos en la curia como abreviadores, tesoreros, notarios..., hasta que su talento y su fidelidad al papa les catapultó al cardenalato. Pons Alòs se concentra en doce cardenales y dos preladados que tenían en común su vinculación con la ciudad de Xàtiva, especialmente sus instituciones eclesiásticas como la colegiata de la ciudad, la parroquia de San Pedro o los monasterios de Montserrat y Santa Clara. De manera que «ninguna otra ciudad tuvo tantos preladados y dignidades como Xàtiva en la época de los Borja» y «nunca el hogar de los Borja estuvo tan cerca de Roma y del resto de Europa» (pp. 47-48).

Imposible detallar aquí la trayectoria vital de aquellos eclesiásticos que marcharon a la Ciudad Eterna. La colección de biografías comienza con dos personajes antagónicos: Pere Serra –que colaboró en el fin del cisma y fue canciller del rey Martín el Humano– y Lluís Joan del Milà, que ascendió a la púrpura gracias a su tío Calixto III para luego retirarse al valle de Albaida donde se dedicó a aumentar el patrimonio

familiar acumulando prebendas e hijos naturales. Ausiàs Despuig estuvo más comprometido con la Iglesia de su tiempo, distribuyó parte de sus bienes entre los pobres y fue enterrado en un hermoso mausoleo de Santa Sabina.

Entre los cardenales valencianos promovidos por Alejandro VI encontramos en primer lugar a Joan de Borja y Navarro, sobrino del papa, gobernador de Roma y legado en Nápoles; Bartomeu Martí desarrolló una intensa actividad sinodal en su sede de Segorbe hasta que se desplazó en Roma; los hermanos Joan y Pere Lluís de Borja Llançol de Romaní fueron colaboradores de Alejandro VI en los últimos años de su pontificado, al igual que Jaume Serra y Francesc de Borja, cuya labor en la administración y pacificación de los territorios pontificios no les impidió promover diversas empresas artísticas o culturales. Joan Castellar y Joan de Vera hicieron compatible su fidelidad al papa con una adhesión a Fernando el Católico, y en el caso de Vera una profunda amistad con César Borja que no mancilló su integridad como cardenal y hombre de Iglesia. La relación con Fernando el Católico fue más áspera en el caso del sobrino del papa Francesc Galcerà de Lloris –que se enemistó con el rey por la atribución de ciertas prebendas– o Jaume Casanova, hijo de un *mestre obrer* de Xàtiva que vigilará la obra de Pinturicchio en los Palacios Vaticanos pero no recibirá el apoyo del rey en su carrera eclesiástica. Como puede verse la diversidad de situaciones y de comportamientos no permiten trazar una imagen demasiado estereotipada de los «cardenales Borja», ni de aquellos prelados setabenses que se instalaron en Xàtiva y Barcelona. El autor se detiene en Francesc de Borja –sobrino del cardenal homónimo– del que sólo conocemos las rentas que acumuló y el hijo que dejó, y en Pere García, bibliotecario de la Vaticana, obispo de Barcelona y luchador infatigable por la reforma moral de su diócesis.

El fresco dibujado es abigarrado en sus contrastes de miseria y esplendor. Son las luces y las sombras perfiladas por el profesor

Pons Alòs gracias a su metodología depurada y a su comprensión de la naturaleza de la Iglesia. Tal vez en un futuro pueda enriquecerse este trabajo con el material archivístico y bibliográfico italiano –menos explorado– que podría arrojar nuevas luces sobre la labor desarrollada por los cardenales ibéricos en la Curia y en los Estados Pontificios. Celebramos su publicación –con los cuadros genealógicos y las hermosas ilustraciones del anexo– y esperamos que la editorial del Centro de Estudios Borgia nos siga deparando trabajos tan sólidos como el que reseñamos.

A. Fernández de Córdova

Marianne SCHLOSSER, *Katharina von Siena begegnen*, Sankt Ulrich Verlag, Augsburg 2006, 176 p.

Santa Catalina de Siena (1347-1380) es conocida no sólo en la literatura mística medieval y por su influencia en la situación político-religiosa de su tiempo, sino que su reconocimiento se extiende hasta hoy, como muestran los títulos que ha recibido en el siglo XX: patrona de Italia junto con San Francisco de Asís (1939), Doctora de la Iglesia (1970) y copatrona de Europa (1999). Marianne Schlosser, especialista en Historia de la Teología medieval y actualmente titular de la cátedra de Teología espiritual en la Universidad de Viena, nos presenta a Catalina en todas sus facetas, como un personaje real, histórico, no idealizado. Este enfoque queda expresado en el título «encontrarse con Catalina de Siena».

La obra comienza con una breve cronología, a la que sigue un capítulo informativo sobre las fuentes contemporáneas a Catalina, su acceso y su fiabilidad histórica, porque en ellas se basa esta biografía, principalmente en las dos *vitae* –la *Legenda maior* de Raimundo de Capua, y la llamada *Legenda minor* de Tommaso Caffarini– y en las numerosas cartas de la santa que pertenecen ya a la literatura clásica italiana. La semblanza está estructurada en dos partes. La primera parte, de mayor